

Reflexión ante un nuevo curso

RAMON RAIMUNDO CORREDOR,
Coronel de Aviación

El militar en funciones de instrucción, adiestramiento o enseñanza, tendrá en cuenta que, para desarrollar su labor y lograr el necesario ascendiente, son imprescindibles la ejemplaridad y el prestigio, alcanzados con rigor intelectual, método, constante trabajo y competencia profesional.

(Artículo 145 RR.OO.)

TODOS los años se incorporan a las Unidades nuevos profesionales que, superados los estudios correspondientes, se integran en la gran familia militar. Es savia joven, llega de los Centros de Enseñanza y acaso, por ello, este hecho puede servir como punto de partida para nuestra reflexión.

La entrada en la Academia y Escuelas de nuestro Ejército de una

juventud, llena de ilusiones y arrasada por su vocación, inevitablemente produce una "convulsión" en el conjunto del Centro. Este contingente de jóvenes seleccionado y obtenido de la sociedad espera mucho de su Academia o Escuela y todo de los responsables de su formación; ya que, si la principal riqueza de una organización son sus hombres, el coeficiente multiplica-

dor, el detonante, el catalizador, son los educadores eficaces de esos hombres que tienen la misión de enseñar y formar.

El mundo atraviesa una situación de cambio en todos los órdenes de la vida humana, cuyo origen radica en el progreso técnico que exige una mutación o adaptación de mentalidad para evitar que las ideas y las mismas personas se vean supe-



radas, al igual que las máquinas, los productos y los servicios.

Parece, pues, estando a las puertas de un nuevo curso, un buen momento para detenerse y reflexionar sobre conceptos, ideas, e incluso sobre nosotros mismos, ante la llegada de esos corazones nuevos, con los cuales se va a convivir y compartir sus inquietudes y alegrías, ocasionando con ello, gracias a ese prodigioso "elixir" que es la juventud, que se haga jóvenes a los "viejos" y más jóvenes a los que no son tan "viejos".

RESPONSABILIDADES DEL ENSEÑANTE

Las Fuerzas Armadas, identificadas con los ideales del pueblo español del que forman parte, al que sirven y del que reciben estímulo, en su alerta permanente por la seguridad de la Patria, alcanzarán siempre el más eficaz empleo de los medios de que dispongan para cumplir su misión, procurando, en todo momento y circunstancia, que la preparación de los cuadros de mando esté al nivel que corresponda y que, los hombres que ostenten dicha función, reúnan las condiciones adecuadas (intelectuales, físicas y psíquicas) para afrontar con garantía el cúmulo de problemas que agobian a una institución tan compleja como la militar.

El proceso de formación de un joven que llega a un Centro de Enseñanza Militar para hacerse profesional y ejercer como tal en el futuro, es laborioso, requiere tiempo y se desarrolla en diferentes etapas de su vida. La primera, es la que comienza con su ingreso e incorporación al Centro en cuestión. En ese mismo instante la juventud "toma posesión" del recinto, el cual, como centinela en alerta, debe encontrarse en condiciones adecuadas para responder al reto que tiene ante sí.

Tomando el hilo de las palabras de la introducción, podemos decir que esta juventud al incorporarse y ser portadora de un corazón nuevo, automáticamente rejuvenece al Centro en su conjunto. Esta es una gran suerte de la que se beneficia toda la institución, pero en mayor medida el profesorado que conforma la plantilla del Centro; sin embargo, en contrapartida, desde ese

mismo momento, se asume una enorme responsabilidad que la sociedad exige a todo cuadro de profesores que, poco a poco va envejeciendo, pero al cual entrega lo mejor que posee: esa juventud que no permite el cansancio y que demanda la continua renovación de fuerzas e ideas.

He aquí, pues, el reto de que hablamos: un obligado REJUVENECIMIENTO, compaginado con una adaptación del saber a las exigencias de cada situación, por parte de quienes tienen la responsabilidad de la formación de esos jóvenes, dando, al mismo tiempo, testimonio de vida y, no, precisamente por la experiencia adquirida; sino por la razón de haber vivido la profesión intensamente.

La experiencia, dice el diccionario, se adquiere con el uso, la práctica o sólo con vivir. Sin embargo, la práctica puede ser una constante repetición de acciones con abulia, desánimo, apatía ..., en una palabra: sin amor; y el vivir un dejarse llevar por la misma vida sin afán, ambición o ideal alguno. Pero, el profesor de un Centro de Enseñanza Militar es parte de la historia del mismo, porque ha contribuido a hacerla, no en la limitación de sus pocas fuerzas; sino por el peso específico del Centro y, sobre todo, por la transmisión de saberes de promociones y promociones de jóvenes que han pasado por sus aulas para formarse. Llegados a este punto, si nos detenemos a meditar, será cuando se comprenda de lo que, por los demás uno es y lo que por los demás uno ha aprendido.

Pero una Academia o Escuela no debe caer en las tentaciones del cambio radical. El cambio, si se ha de producir, debe realizarse con un cierto control. No se puede ser víctima de él; sino dominarlo y orientarlo; pues es así como, únicamente, se podrán alcanzar los objetivos que la organización se proponga.

No cabe duda que la sociedad evoluciona, y, en alguna forma, esta situación va influyendo, tanto en el individuo como en las organizaciones, llegando incluso a restringir su libertad. Para contrarrestar esta situación, un procedimiento es el enriquecimiento constante de las posibilidades creadoras del hombre y de la institución a la cual pertenece. Siendo poseedores del sentido

de la CREATIVIDAD se podrá llegar a descubrir nuevos mundos de los que no se tenía conciencia y sentir la necesidad de aprender. Sólo quien experimenta la evolución dentro de sí mismo es capaz de aceptar la duda, siempre incierto camino.

La condición "sine qua non" para la eficacia de todo el sistema docente militar es la calidad del profesorado. Al aumento de esa calidad contribuye, sin duda, ser dueños de un valor tan fundamental como la CREATIVIDAD.

A menudo, se dice que todo aquel que crea su propia conciencia es que está enfermo. Y, naturalmente cada persona es libre de pensar como desee, claro está, pero sin imponer sus ideas y respetando las de los demás; sin embargo, ¿por qué no pensar también, que crearse uno su propia conciencia puede ser, no una enfermedad, sino el principio de toda TOLERANCIA?

La TOLERANCIA, entre otras cosas, es permitir algo que no se tiene por lícito cuando no es conveniente impedirlo; es llevar con paciencia las faltas de los demás; no lamentar estérilmente los defectos de los subordinados, sino poner empeño en descubrir y utilizar sus aptitudes.

Seguir al pie de la letra la doctrina en la formación de un alumno es necesario, pero la letra divorciada del espíritu entumece... y finalmente mata.

Un buen profesor, severo consigo mismo, es indulgente para los demás y hace pasar las faltas por desventuras. Debe ser generoso y si deja inclinar, en ocasiones, la balanza de la justicia, que sea hacia el lado más humanitario. Sólo con personas de condición distinta de la de uno, es donde se aprende que la razón es una forma de intolerancia y que la verdad es el peor enemigo de la VERDAD.

También estas son cosas que se aprenden y se enseñan en los Centros castrenses, porque dar fe de los hechos nos hace ser testigos de la historia de la institución, y tendríamos que pensar en la limitación de nuestras razones y de nuestras verdades, relatividad que sólo da el saber.

La ciencia, toda la ciencia humana, se asienta sobre una movieda inseguridad. La vida misma nos muestra y enseña que cuando uno es joven, se cree en posesión de verdades absolutas y no piensa ni

se cuida de los demás; luego, con los años, es testigo de hechos y esa misma vida, e incluso la Historia, le enseña que uno no está en posesión de nada y que todo, la ciencia propia, la creíble certeza e incluso la prodigiosa idea, no son otra cosa que relatividades. En resumen, cualquier humano no es sino arena deslizante y debe tener disposición para modificar y cambiar, si es preciso, las opiniones. Reflexionemos sobre estas palabras: La serpiente muere cuando no puede cambiar la piel.

COMPONENTE DEL CONJUNTO CENTRO — PROFESOR — ALUMNO

Meditando sobre lo que a los seres humanos nos es común y particularmente, en lo expuesto hasta ahora podemos comprobar que la palabra SABER ha sido escrita varias veces.

El SABER en su auténtico sentido, no reside sólo en la comprobación de un algo, sino en el reconocimiento de una realidad auténtica gracias a sus fundamentos sociales. El SABER va dirigido a algo que previamente debe existir y tiene sentido frente a lo que ya pasó.

Con el SABER, uno llega a ser instruido y diestro en el arte de enseñar y transmitir, por ello, la aspiración más alta a la que deben encaminar, no sólo los responsables de la formación de la juventud, sino también nuestros Centros de Enseñanza, es hacia el SABER, a fin de darlo a aquellos que con tanto anhelo lo buscan.

La situación elemental para llegar a conocer a un individuo es entrar en contacto personal con el mismo. Ahora bien, el valor de los resultados que se obtengan de ese contacto dependerá mucho del saber de la persona que la dirija, de su sensibilidad y habilidad para entrar en relación con la persona o grupo en cuestión, tarea, por otra parte, fundamental del profesor. Por eso, uno de los objetivos de los Centros de Enseñanza Militares debe ser el de cuidar y fomentar la relación profesor-alumno, a fin de enseñar al alumno, entre otras cosas, a SABER cuál es el camino para llegar al profesor, CÓMO vencer la timidez o la duda que le atenaza y QUÉ procedimiento emplear para colaborar en la relación.

Toda esta actuación conducirá a crear un clima adecuado para la apertura e intercomunicación entre profesor-alumno y viceversa, que uno y otro precisan tanto como el aire que respiran. Y si cualquier lugar y momento es bueno para lograr ese clima, no hay ninguno, en mi opinión, más idóneo que ese tiempo que se emplea en desarrollar una clase. En ella, el profesor lo puede ser todo o puede no ser nada. Alcanzar una u otra meta, estará en función directa de la atención prestada al alumno y la solución dada a la pregunta discreta.

La DISCRECIÓN es una virtud difícil de adquirir y quien es dueño de ella, se dice que es persona sensata y preparada para formar juicio, y con tacto para hablar u obrar. Por eso, en el ejercicio de la profesión militar y sobre todo en la función de dirigir y formar, se debe poseer el don de la discreción, pues nada es seguro en la vida. Todo es relativo: en los Centros castrenses se aprenden lecciones de discreción, pues pensar sobre las cosas es empezar a quererlas; pasar de la palabra a la acción, la mejor forma de transmitir amor, y definir los términos, el mejor sistema para estar en la vía del SABER.

En los Centros de Enseñanza se forja el espíritu de la juventud, pero también se templan los sueños y se realiza el raciocinio de quienes ejercen la función de enseñante. Este, el profesor, es un eslabón de la cadena y su mérito, más que a su valer, es debido a los valores de los demás que conforman esa cadena. Si dar y darse es la grandeza del hombre, ser y serse son maneras de no adaptarse o retraerse de esa tarea tan fundamental, ya citada, que es la relación profesor-alumno, la cual llegará a un buen fin si en la vida se vive con un espíritu de servicio y uno se siente como un componente más del conjunto Centro-profesor-alumno.

CONCLUSION

En un sentido comparativo hoy sabemos más que hace años, pero nuestros predecesores supieron antes que nosotros, y, por supuesto, sabemos menos que quienes nos seguirán. De esto, tan simple, todo el mundo es consciente, lo que permite que el mismo alumno com-

prenda las limitaciones del que enseña. Lograr un equilibrio en el binomio CONOCER/SABER, es difícil; podemos conocer por el legado de los demás, pero no podemos saber por la sabiduría ajena. En la búsqueda de ese equilibrio quizás en algunos momentos creamos estemos en deuda con los que nos precedieron; pero en el logro de la sabiduría, sólo con nuestra entrega y dedicación se consigue. Pues, bien, que en el reconocimiento de esa deuda y en ese darse no nos limitemos a pagar la parte que particularmente pensemos nos corresponde, sino que meditemos en nuestros Centros de Enseñanza en general; ya que ellos continúan su vida y pueden vivir sin nosotros, aunque un día nos hayan cobijado entre sus muros.

Mandar y obedecer, enseñar y ser enseñado, son formas o facetas distintas de un mismo deber, dos caras de una misma moneda, eslabones de una sola cadena. Saber ejercer y cumplir una y otra forma es el ideal y la "perfecta ciencia". De aquí que la enseñanza en los Centros castrenses no esté enfocada a cambiar la personalidad de las personas, ni tampoco que sea ocasional. Todo lo contrario. Un Centro de Enseñanza debe ser una institución que imprima carácter a la juventud y donde la obediencia a las normas establecidas, si es posible, desde su creación y consecuentes con la misión encomendada, no sea pasiva, sino fuente de desarrollo en la actividad del Centro y del conjunto de sus miembros. Es así, se piensa, cómo todos los eslabones de esa cadena podrán alcanzar la "perfecta ciencia"; y cómo, esas normas podrán erigirse como salvaguarda de caprichos o arbitrariedades de quienes se creen poseedores de la única razón, bien por estar convencidos que el poder es un privilegio, bien porque piensan que esa razón está en proporción directa con el tono de VOZ.

Sepamos reflexionar a lo largo de nuestra vida y sobre todo en el desempeño de función tan importante como es la de enseñar, a fin de no pasar a engrosar el grupo de quienes creen que la autoridad es una "ley privada" que les coloca aparte de los demás.

El valor de la persona se refleja en la medida en que educa y forma a quien se le entrega. ■